

§ 133

El pecado original

Adán y Eva han pecado gravemente, infringiendo un precepto divino (dogma: definido por el Concilio de Trento, véase el tenor literal en el § 132; el mismo dogma fué definido ya por el Concilio de Cartago en el año 418, D. 101, y por el Concilio de Orange, D. 174).

1. a) La *Escritura* no nos dice cuánto tiempo duró el feliz estado original de intimidad con Dios, de dominio sobre la creación, de amor de la criatura a Dios y de complacencia del Creador en la criatura. Se comprende que los ricos dones que Dios regaló al hombre, impondrían a éste graves deberes. Cada uno de los dones de Dios implica una obligación. Además, mediante un precepto, Dios recordó claramente al hombre que su vida privilegiada implicaba responsabilidades y deberes. Dios impuso a los primeros hombres un precepto destinado a recordarles su origen divino, su dependencia con respecto al Señor, su condición de seres creados, siendo otra de las finalidades de ese precepto el excitarles a la realización de su privilegiada existencia. El *Génesis* le expone de la siguiente manera: “Y le dió este precepto: de todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (2, 16, y siguientes).

b) Para la perfecta *comprensión de este precepto* hay que tener presente lo siguiente: Como quiera que los primeros hombres vivían absolutamente de acuerdo con la Naturaleza y las leyes derivadas de su esencia, creadas por Dios, adaptándose sin dificultad alguna al orden natural y a la voluntad divina que en él se manifestaba, Dios les impuso un precepto opuesto al orden natural para advertirles que El era el Señor, para recordarles el señorío divino y para excitarles a reconocer tal señorío. En este precepto, Dios reveló que era el Señor, manifestándose de un modo superior al que se realiza en la Creación. Al mismo tiempo, esta nueva revelación se presentaba bajo la forma de un mandato que exigía como res-

puesta humana un acto de obediencia. El precepto era recuerdo y amonestación y, al mismo tiempo, un gufa hacia Dios. Mediante tal precepto, Dios quería preservar al hombre del peligro de contentarse con la gloria de la Naturaleza y de su propia esencia, olvidando al Señor y privándose de este modo de la futura perfección definitiva. Resulta, pues, que el precepto divino, además de manifestar el señorío de Dios, expresaba adecuadamente el amor divino, un amor previsor y protector, atento a evitar al hombre los peligros a que podía conducirle su propia grandeza.

c) No es una cosa totalmente evidente que también el primer hombre se hallase *sometido a tales peligros*. El que existiesen esos peligros, a pesar de la unión íntima con Dios, se explica, teniendo en cuenta que también los primeros hombres vivían en un estado de fe y no de visión. Para los seres que viven en el estado de visión directa de Dios no existen ni tentaciones ni posibilidades de pecado. Vivir en un estado de fe es vivir en la oscuridad. La vida de la fe es una vida de crecimiento, de maduración libremente realizada, es decir, una vida de lucha continua (no contra el pecado, sino para obtener una comprensión más profunda y un amor más íntimo; véase la Mariología). El hombre que vive una vida de fe, afirma la existencia de una realidad oculta, de cuya presencia no duda en manera alguna, hacia la cual dirige sus pasos y que espera poseer en toda su radiante y luminosa hermosura. El creyente vive, pues, en un estado de esperanza. Nunca se queda parado, siempre se halla en camino. Vive en el dinamismo y la inquietud del movimiento que le lleva hacia la realidad futura. También los primeros hombres tenían que luchar y se hallaban en camino hacia Dios. También con respecto a ellos se puede decir que encontraban a Dios para volver a buscarle de nuevo. Resulta, pues, que también los primeros hombres, a pesar de su inocencia y pureza, conocían la insatisfacción, el sentimiento de nostalgia. Cuán lejos se hallaban los primeros hombres de haber alcanzado el supremo grado de unión con Dios, puede conjeturarse recordando el estado de perfección, que ha adquirido la naturaleza humana en el Cristo resucitado y glorioso. Sólo en el Cristo glorioso existe la naturaleza humana en el estado de perfección que desde la eternidad Dios había previsto para ella. La creación de Adán no es más que un primer paso hacia la perfección final de la naturaleza humana. Esa creación es, por consiguiente, un mero comienzo y no el fin.

d) Es para nosotros un misterio inescrutable el hecho de que

el Creador no haya comenzado la Historia humana con el hombre que en Cristo ha alcanzado la perfección final, sino con Adán, que fué un hombre originalmente inocente y puro, pero todavía no consumado y, por lo tanto, sometido a la posibilidad de pecar. De la falta de la perfección final se derivaba para el primer hombre la posibilidad de saciar falsamente su sedienta nostalgia, su amor insatisfecho (véase § 144), la posibilidad de pecar, a pesar de la íntima unión con Dios y a pesar de que estaba libre de toda concupiscencia. Para que esta posibilidad de pecar del primer hombre, derivada de su situación existencial como creyente, pudiese convertirse en pecado efectivo era necesario que ese hombre dispusiese de la capacidad de rebelarse contra Dios. Ahora bien, la Revelación nos enseña que Dios otorgó al hombre una doble capacidad, la de decidirse por el bien y la de escoger el mal. Dios no quería tener esclavos ni ciegos instrumentos, sino hijos libres. Por eso entregó al hombre el don de la *libertad*, el supremo y también el más peligroso entre todos los dones del orden natural. Dios se arriesgó, por decirlo así, a entregar al hombre el don supremo con que podía agasajar a la criatura que vive fuera del ámbito de su amor: la participación en su propio señorío. La Historia ha puesto de manifiesto que el don era demasiado grande y el agasajado demasiado pequeño para tal don. Conviene observar de nuevo (véase § 127) que la libertad no implica necesariamente la posibilidad de pecar. Dios mismo es la libertad en persona y, no obstante, Dios no puede pecar. Los bienaventurados viven en el cielo en un estado de suprema libertad, y tampoco ellos pueden pecar. El poder pecar es un atributo de la libertad del hombre que todavía no ha alcanzado el estado de perfección final. El problema relativo al por qué Dios dió al hombre una libertad en que podía pecar, queda convertido en el problema de por qué Dios no creó al hombre en estado de perfección final. Como ya vimos, es éste un problema que no podemos resolver en la tierra.

e) Según el testimonio de la Sagrada Escritura, el hombre elevado por Dios a tal altura de por sí no hubiera incurrido en la idea de orientar su nostalgia por derroteros impíos y que le apartaban de Dios. De tal modo era Dios la realidad que le compenetraba y llenaba, que al hombre no se le hubiera ocurrido oponerse a Dios y su mandato si es que desde fuera no hubiese sido seducido a hacerlo. Es verdad que llevaba consigo la posibilidad de rebelarse contra la autoridad de Dios. Pero hasta el momento en que esta

posibilidad no fué excitada desde fuera, el hombre vivió sometido a la voluntad de Dios y reconoció su autoridad. Era necesario que un *poder externo* irrumpiese en el interior del hombre para realizar en él las peligrosas e inertes posibilidades.

f) Con sencilla claridad narra la Escritura cómo ocurrió el pecado, en qué consiste éste y cuáles son sus efectos (*Gen. 3, 1-7*). La serpiente era un animal ladino e ingenioso. La serpiente se dirigió a la mujer y comenzó con ella una discusión: “¿Con qué os ha mandado Dios que no comáis de los árboles todos del paraíso?” La serpiente no hace más que preguntar, pero su pregunta contiene una exageración. Tal prohibición hubiese sido, en realidad, exagerada. Ingenuamente, y con cierto orgullo, observa Eva que Dios no ha impuesto ese precepto: “Del fruto de los árboles del paraíso comemos, pero del fruto del que está en medio del paraíso nos ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis siquiera, no vayáis a morir.” En este primer ataque, la serpiente no consigue perturbar la situación con la mentira que incluye su pregunta, ni logra inquietar a Eva. Pero ha entablado una conversación con la mujer y obliga a ésta a confesar que viven en un estado de limitación. La mujer misma percibe esa limitación; la serpiente se da cuenta de ello y dice a la mujer: “No, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal.” De este modo, la serpiente despierta en la mujer sentimientos de desconfianza contra Dios, contra su bondad y contra la gravedad de su amenaza. El precepto divino no ha sido inspirado por el deseo de proteger la vida del hombre; al contrario, es un producto del egoísmo y del deseo de dominar. Dios quiere privar de algo al hombre. Este puede adquirir algo infringiendo el precepto de Dios, puede alcanzar una vida más rica y perfecta, grandeza y gloria divinas. El comer del fruto del árbol prohibido proporcionará al hombre un conocimiento que Dios, envidioso y celoso, quiere reservar para sí mismo. Dios no es, pues, ni bondadoso ni fidedigno. La autoridad de Dios ha quedado socavada, y Eva, seducida por la perspectiva de una perfecta vida divina, ve que “el árbol era bueno para comerse, hermoso a la vista y deseable para alcanzar por él la sabiduría.” Muchas veces ha visto ese árbol, pero nunca vió lo que ahora descubre en él. Eva no puede resistir la tentación. Es una pobre y loca mujer que, comiendo del árbol, espera poder alcanzar sabiduría divina. “Y cogió de su fru-

to, y comió, y sin replicar, también el hombre, que estaba junto a ella, participó de su pecado." Véase el artículo "Amartano", en *Wörterbuch zum NT*, de Kittel, I, 282-88.

2. En lo que concierne al *sentido de la narración*, conviene observar que sería falso afirmar que se trata de un mito que sólo pretende explicar, en general, la realidad del pecado humano. Con imágenes vivas se describe aquí un acontecimiento histórico. La Comisión Bíblica, en una respuesta, que sin ser infalible, obliga a todos, ha declarado, con respecto a los primeros capítulos del *Génesis*, que entre otras cosas deben ser considerados como hechos históricos: "el mandamiento, impuesto por Dios al hombre, para probar su obediencia; la transgresión, por persuasión del diablo, bajo especie de serpiente, del mandamiento divino" (D. 2123).

Prescindiendo de esto no se puede decir con seguridad en qué consistió el precepto divino y de qué modo *sucedio* el primer pecado. Algunos investigadores opinan que se trató de un pecado sexual no porque la unión carnal sea de por sí pecaminosa, sino porque o tuvo lugar antes del tiempo debido o porque se practicó con una actitud de orgullo y olvidando las imposiciones divinas. Por numerosas que sean las pruebas de carácter histórico-religioso aducidas por esta opinión, sólo con grandes dificultades puede compaginarse con los textos en que la Escritura describe la relación entre el hombre y la mujer. Con toda probabilidad puede afirmarse que el primer pecado no fué un delito sexual.

Por lo que se refiere al *proceso interno*, podremos figurárnoslo de la siguiente manera: La serpiente induce a los primeros hombres a desconfiar de Dios. Bajo la figura de serpiente se oculta Satanás mismo (véase § 124 y sigs.). Satanás se ha propuesto contrariar las intenciones divinas y corromper al hombre. Los primeros padres dejaron de creer en la palabra de Dios. La serpiente despertó en ellos deseos de ser semejantes a Dios. Como es natural, sería absurdo admitir que los padres del género humano creyeron poder borrar las diferencias que existían entre ellos, seres creados, y el Creador, puesto que sabemos que estaban dotados de elevados dones espirituales. Con gran probabilidad se puede afirmar que sólo querían vivir autónomamente, sin Dios, o que querían emanciparse de Dios para adquirir de este modo, autocráticamente, la perfección suprema. Véase J. Pinski, *Menschheitsgestaltung in Adam und in Christus*, en *Der katholische Gedanke*, 12, 1939, 3-13. Como quiera que sea: Con argumentos fácilmente comprensibles la serpiente

demuestra que la obediencia y la sumisión a Dios no es más que pura tontería. De este modo seduce a los primeros hombres a desentenderse del precepto divino. Les insinúa que de este modo llegarán a ser verdaderos señores, que podrán hacer lo que quieran, sin que nadie les diga nada, que les será posible vivir según su beneplácito y tomar en las manos las riendas de su propio destino, que podrán ser como Dios mismo dentro del ámbito de su existencia. En el primer pecado se manifiestan, por consiguiente, las siguientes actitudes pecaminosas: *Incredulidad, orgullo, desobediencia*.

La incredulidad es la *raíz del pecado*. Ahora bien, la incredulidad misma no es más que un “no”, lanzado contra Dios por el orgullo. Que es acertada la definición según la cual el primer pecado fué incredulidad, orgullo y desobediencia lo ponen de manifiesto los textos en que la Escritura define de este modo el pecado en general. La incredulidad es el pecado en cuanto tal, y es ella la que lleva al hombre a la muerte. Véase el tratado sobre la gracia. La incredulidad es orgullo y egoísmo. (*Ecle.* 11, 9-13; 3, 28; 11, 30 y siguientes.) “El principio de la soberbia es apartarse de Dios y alejar de su Hacedor su corazón. Porque el pecado es el principio de la soberbia, y la fuente que le alimenta mana maldades. Por eso el Señor manda tremendos castigos, y los extermina de raíz. Los tronos de los príncipes derriba el Señor, y en lugar suyo asienta a los mansos. El Señor arranca de raíz a los soberbios y planta en su lugar a los humildes” (*Ecle.* 10, 12-18). Precisamente por eso los ricos y poderosos están más expuestos al pecado (*Ecle.* 23, 27; *Mt.* 19, 23-26). El pecado es rebelión y desobediencia (*I Io.* 3, 4; 5, 17). Oposición a la voluntad de Dios (*I Io.* 3, 8). En su aspecto más fundamental, el pecado no es un mero proceso del sector moral, es algo que sucede entre el hombre y Dios. El pecado es impiedad, un “no”, lanzado contra Dios, el deseo de independencia sin y contra Dios (*Lc.* 15, 18-21: parábola del hijo pródigo), idolatría (*Ez.* 16, 41), injuria de Dios, hostilidad contra Dios (*I. c.* 42, 7). Por eso, el pecado es siempre diabólico (*I Io.* 3, 8; *Io.* 8, 34). Véase P. Heinisch, *Das Buch Genesis*, 1930, 111-23.

3. Un *problema secundario* tenemos que analizar todavía. El primer hombre tenía nostalgia de la mujer que había de sacarle de su soledad. Y precisamente ella fué para Adán la seductora, la tentadora, la corruptura. *¿Por qué se dirigió la serpiente a la mujer?* No porque sea más fácil de seducir y más inclinada a pecar, sino

porque el pecado de la mujer, por surgir de ámbitos más fundamentales y profundos que el pecado del hombre, corrompe la creación entera de un modo más radical de lo que podría hacerlo el pecado del hombre (no está en contradicción con esto el hecho de que sólo el pecado de Adán y no el de Eva fué un pecado hereditario). Como quiera que todo lo que hace la mujer, debido a su más íntima conexión con la creación, lo hace con más energía y radicalismo que el hombre, éste opone a las seducciones de la mujer una resistencia inferior a la resistencia que la mujer opone a las seducciones del hombre. El demonio sabía que sus perspectivas de triunfo eran mayores seduciendo a la mujer que seduciendo al hombre. Un elemento de la esencia íntima del mundo es el entregarse a Dios. En la mujer, para la cual el entregarse es algo connatural, aparece esto con toda claridad. Cuando la mujer no se entrega a Dios, sino que se busca a sí misma, el misterio de la creación queda oscurecido y desaparece el sentido profundo del mundo.

"A partir de aquí se comprende en qué consiste la prevaricación de la mujer... No se da con la esencia de esta caída si se la busca en la oposición de lo espiritual y sensual. La caída de la mujer no es una caída de la criatura hacia la tierra, sino más bien una prevaricación contra la tierra misma, en cuanto que también ésta significa lo femenino, la disposición humilde. La caída en la escena del paraíso no depende de la tentación con el dulce fruto y tampoco depende de la incitación a conocer, sino que depende del "seréis como Dios" en oposición al "fiat" de la Virgen. La caída propiamente tal se verifica en la esfera de lo religioso, siendo por eso, en sentido profundo, una caída de la mujer, no porque fué la que primero cogió la manzana, sino porque la cogió en cuanto que es mujer. La creación experimentó una caída en su substancia femenina porque prevaricó en lo religioso; por eso la Biblia atribuye con razón la mayor culpa a Eva y no a Adán. Es falso afirmar que Eva cayó por ser la más débil. La historia de la seducción demuestra que fué ella la más fuerte, superior al hombre. Consideradas las cosas cósmicamente, el hombre está en el primer plano de la fuerza, la mujer se halla en los ámbitos profundos de la fuerza. Dondequiera ha sido subyugada la mujer, no sucedió nunca por ser ella más débil que el hombre, sino por haber sido temida, conocida como más fuerte, y con razón, porque desde el momento en que el poder más fuerte no quiere ser abnegación, sino orgullo y autocracia, surge necesariamente la catástrofe. En las oscuras noticias sobre las luchas en torno al decadente matriarcado se percibe todavía el miedo que un día inspirara el poder de la mujer; a la más profunda abnegación corresponde la posibilidad del más grande fracaso. En este sentido hay que buscar el aspecto negativo del misterio que es la mujer. La mujer no es solamente por esencia y destino abnegación, sino que hasta puede ser considerada como la capacidad de abnegación del cosmos mismo; por eso su fracaso tiene un aspecto diabólico. Es cierto que la mujer no es el mal en sí y de por sí—los ángeles caídos la preceden en la caída, el demonio es masculino—, pero tiene de común

con él la fuerza seductora. La seducción es orgullo y obstinación, es lo contrario de la abnegación. Lo mismo que el ángel caído es más horroroso que el hombre caído, así también la mujer prevaricadora es más terrible que el hombre prevaricador. El drama de la mujer caída ha sido grandiosamente descrito por Kleist en su *Penthesilea*. También en *Medusa* y en las *Erinias* refleja la leyenda antigua el horror que inspira la mujer prevaricadora; y la creencia en brujas de los siglos cristianos, por desastrosas que fuesen sus consecuencias en casos particulares, entendida en un sentido profundo, significa la rectitud del horror que inspira la mujer que ha traicionado su destino metafísico. Sólo la trivialidad con que se manifiesta hoy la caída de la mujer ya no inspira horror alguno. Porque la historia de la caída original se repite incesantemente. En un sentido profundo, la mujer es culpable de toda caída, no sólo por ser la madre en cuyo seno crecen los prevaricadores, sino también porque toda caída, también la del hombre, se realiza dentro de la esfera especialmente confiada al cuidado de la mujer. La mujer prevaricadora está al comienzo de la Historia y está también en el fin de la Historia. La forma propiamente apocalíptica del ser humano no es el hombre; la esencia de los "tiempos últimos" consiste en el hecho de que la forma del hombre desaparece por mostrarse éste incapaz de hacer frente a las fuerzas de la destrucción. Por eso el *Apocalipsis* no dice que el Anticristo es un hombre, sino que le describe diciendo que es "el animal de los abismos". El *Apocalipsis* presenta a la mujer, a la hembra como forma apocalíptica cognoscible—sólo la mujer que ha traicionado su destino puede representar la absoluta esterilidad del mundo, la esterilidad que necesariamente implica muerte y desolación"—(G. von le Fort, *Die ewige Frau*, 1934, 20-23). Podría expresarse esto también de otra manera: el diablo se acerca a la mujer para tentarla no porque crea que de este modo se van a realizar con más facilidad sus planes seductores, sino porque sabe que la mujer, una vez conquistada, ejercerá sobre el hombre una influencia mayor que la que el hombre podría ejercer sobre la mujer. "La esencia de la primera mujer fué hermosura, resplandeciendo en ella el esplendor de un encanto sobrenatural; Eva fué la reina de la Naturaleza y de la gracia: una perfecta creación divina. El Espíritu Santo, el Dios de la hermosura, la hizo a su semejanza, comunicándola su más precioso e íntimo don, el poder de la cercanía. De este poder se aprovecha precisamente el Tentador" (J. Weiger, *Mutter des Neuen und Ewigen Bundes*, 1930, 184).